

Antonia

El olor de la tarde traía consigo recuerdos lejanos, la ciudad dormitaba bajo el sol. Todas las puertas abiertas, las cortinas ondeando al viento. Desde su escondite, Antonia de la Fuente observaba expectante. Tendida en el suelo espiaba la calle desde un diminuto agujero de su ático.

Su casa dominaba el barrio viejo desde la colina. Los jardines, normalmente bien cuidados, crecían sin concierto, mustios e infelices bajo el calor sofocante de aquel verano inclemente. El silencio de la tarde arropaba a los habitantes, que a la hora de la siesta no podían hacer más que intentar resguardarse en el frescor de sus hogares. Así, mientras Antonia miraba por su pequeña ventanita con la ilusión de ver el mundo ante sus ojos, el mundo se le escondía sin remordimiento alguno.

La niña pasaba las horas del día viendo la gente pasar, salir de sus casas en sus carros caros, con sus prisas vulgares y sus mujeres sintéticas. Jugaba a que ella formaba parte de todo eso, a que se subía en cualquiera de esos carros con sus muñecas y cuadernos, camino a la escuela.

Su vida ya no era así, llevaba un tiempo indefinido saliendo de noche y escondiéndose de día, como un ratón rubio y enclenque, solo. Durante esos tiempos de desolación y descortesía, el barrio viejo era como una pequeña fortaleza donde todavía no se sentían los estragos de la guerra y el hambre. Las casas grandes de la gente acaudalada de la ciudad se veían cada vez menos blancas, sus jardines menos verdes, sus semblantes menos estúpidos, teñidos con cierta dignidad que les daba la tristeza. Y sin embargo, seguían como si nada, guardando hasta el último instante de comodidad que les quedara, mirando hacia los lados para no ver el frente rotundo que acabaría por atropellarlos.

Entre una cosa y la otra Antonia había terminado sola, con su casa y su jardín. Reina de su mansión, no tenía por súbditos más que un par de ratas escuálidas y las palomas del jardín, su más leal consejero era un perrazo imaginario que nunca pudo ser realidad por los escrúpulos de su madre y la apatía de su padre. Pero ellos ya no estaban y su nuevo amigo era como siempre lo había soñado y aún mejor, la arropaba con su pelaje en las pocas noches de frío, la escoltaba a todas partes con su compañía suave y reconfortante.

Nathaly Duque. Estudiante de Medicina y Cirugía. Cuento: "Antonia".

Al principio todo parecía un juego, jugaba con sus padres a conseguir comida a hurtadillas, a no volver a la escuela, a esconderse en el día y vivir en la noche, como los espías de las novelas que ella leía a escondidas. Después ya no hubo nadie con quien jugar, los sirvientes fueron desapareciendo uno a uno como por arte de magia, al igual que sus padres.

Ella que se creía guerrera, princesa y espía, ya no jugaba más a nada. Soñaba y vivía todos sus sueños, aferrándose a la última forma de vida que estaba a su alcance: la mentira.

A veces, a lo lejos se escuchaban los afanes de la guerra como un tamborileo constante, que hacía temblar la casa y el alma, una nube rojiza nacía cada atardecer. Antonia en su delirio pensaba que el mundo se estaba derrumbando, que se desvanecía ante sus ojos.

Pronto se quedó sin gente para espiar, sus numerosos padres y hermanos desaparecieron uno a uno como absorbidos por la nada. Y ella, sola al fin decidió ser la reina del mundo.

Un día, mientras jugaba a corretear a las palomas traidoras por todo el jardín, la sorprendió la nada. Sólo le dio tiempo a admirar su belleza destructora, el fuego de la explosión le brilló en los ojos un segundo antes de deshacerse en mil pedazos, junto con su reino, sus súbditos y su perro imaginario.

Nathaly Duque. Estudiante de Medicina y Cirugía. Cuento: "Antonia".

